



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 13. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Abril 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Revista de Modas, por doña Joaquina Balmaseda. — MODAS: Trajes de primavera. — Vestido adornado con escarapelas. — Vestido liso con volante de tela á rayas. — Fichú para teatro. — Corbata de cinta y encaje. — Manteleta-chal con capucha. — Trajes de capricho para niños. — Fichú-capota. — Traje de dos telas. — Traje con vivos de otro color. — Peinado maravilloso. — Peinado de novedad adornado con un pájaro. — Peinado de novedad adornado con flores. — Moña de bucles. — Fichú con aldetas, de encaje negro. — LABORES: Porta-

dibujos. — Calendario de salon. — LITERATURA: A la Virgen María, poesía, por Enriqueta Lozano de Vilches. — Soledad de María, por Joaquina Balmaseda. — La hermana de la Caridad, por Ricardo Palanca Lita. — Un paseo por el Norte de América, por Matías. — El capital de la virtud, por Angela Grassi. — Charadas. — Correspondencia. — Economía doméstica. — Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

La Moda, que sabe sacar partido de todas las épocas, de todas las situaciones, hasta de todos los afectos, se reviste por el momento el hermoso traje de la caridad, que lejos de encubrir sus preciados encantos los embellece y los realza. Las damas de la primera nobleza, lo mismo que las señoras de humilde clase, tristemente impresionadas por el espectáculo de la guerra civil, se agrupan, se reúnen, se asocian para hacer hilas, para preparar vendajes y para promover fiestas, cuyos productos van á aliviar la suerte de los pobres heridos. En varias casas particulares se han organizado funciones dramáticas y líricas con tan piadoso objeto; en otras muchas se anuncian; los teatros han pagado casi todos tan piadoso tributo, y las juntas de señoras, que están dando muestra de prodigiosa actividad, merecen sinceros elogios de todos los corazones. Yo bien quisiera decirles que para estas fiestas, símbolo de la caridad, las señoras renuncian á su ostentoso lujo y emplean el producto del traje que hubieran de estrenar, en aumentar el resultado de la función; pero aunque podría citaros alguna que se encuentra en este caso, y cuyo nombre es digno de esculpirse en mármoles y bronce, sería una bella excepción, y las más prefieren unir á las galas de la caridad las galas de la Moda, para estar dos veces bellas.

En uno de estos salones aristocráticos, que se abren para recibir á tan brillante y caritativa concurrencia, he podido admirar un traje de faya gris perla con volante ancho en el bajo, con cabeza picada y tres pequeños volantes al borde inferior, picados tambien: una quilla de terciopelo verde forrada de faya gris bajaba en zig-zas por los dos lados, sujetando una pequeña túnica de encaje blanca, bordada de cuentas de cristal, que iba á rematar debajo del pouf de la primera falda, sostenido además con grandes caídas de faya y terciopelo verde: el cuerpo, abierto en corazon, llevaba solapas-tirantes de terciopelo verde y grandes vueltas de terciopelo á la altura del codo con encajes blancos. En otra de las reuniones del opulento norte americano señor F., que hoy no tienen otro objeto que reunir, para hacer hilas, á muchas elegantes jóvenes, lucia la linda señorita de A. un traje de faya color reseda en dos tonos; la falda llevaba dos volantes del color más



1. Vestido adornado con escarapelas.

1 y 2. TRAJES DE PRIMAVERA.

2. Vestido liso con volantes de tela á rayas.

claro, bordados al pasado con seda del color más subido, ambos volantes ligeramente fruncidos y alternados con otros dos del tono más oscuro, con pespunte al canto y plegados á la inglesa, el último con cabeza: túnica del color más claro con bordado y fleco alrededor y gola del color más oscuro, completaba este distinguido atavío. Como traje elegante de primavera, citaré tambien uno de faya y terciopelo gris hierro, por delante con volante á la inglesa á tachones de terciopelo y faya y doble biés

alternados con bullones, hechura que por el momento goza de gran favor. Los bullones atravesados, perpendiculares ó diagonales en las delanteras, y alternando con volantes apenas fruncidos, son de muy buen efecto. El empleo del azabache que os aconsejé, le vereis en esta Semana Santa felizmente realizado, y difícilmente puede darse adorno de mejor gusto para realzar un traje negro ó pensamiento: las túnicas ligeras, así de granadina negra para calle, como de tul blanco para sociedad,

de ambas telas á la pegadura, y por detrás cubierta de volantes la falda en todo su largo: dos grandes biejes de faya y terciopelo comienzan estrechos en el talle y bajan ensanchando en quillas, cayendo por arriba sobre una pequeña aldetá ó delantal de terciopelo correspondiente al cuerpo, que está combinado con las dos telas. Como hechura para joven, es tambien de novedad una falda con volante ancho en la parte de atras y plegada á la inglesa en todo su largo por delante, terminando este paño á los lados dos biejes anchos sujetos por botones de trecho en trecho en el centro: la túnica forma gran tabla por delante, sujeta asimismo con botones y dos profundos pliegues á las lados de la tabla, debiendo guarnecer esta parte de adelante de la túnica encaje y la de atras biejes ó terciopelos. La combinacion de adorno distinto en las túnicas como en las faldas, por delante y por detrás, es siempre distinguido. Como capricho para calle, os recomendaré una túnica que deberá combinarse con falda negra. Es de cachemir azul, abierta del pecho en corazon con solapas color de maíz, que se continúan en la falda abierta: las vueltas maíz van guarnecidas de chantilly y pasamanería negra á la pegadura: botones oxidados. Es una de esas túnicas de buen tono, pero atrevidas, y que por lo mismo exigen figuras y hasta clases privilegiadas.

Como en la primavera anterior, los vestidos de sola una falda hacen esfuerzos desesperados para vencer á la túnica, y razon es confesar que á veces dá muy felices resultados, pero lo más que consigue es alternar con ella, no desterrarla: sin embargo, nunca es más propia una sola falda que en los trajes de primavera, que sin tener la severidad de los de invierno, son todavia telas de seda y colores claros en uno ó dos tonos, que se prestan á guarnecer toda una falda de volantes ó de estos



se bordan con azabache las primeras, con cristal las segundas, y no podeis figuraros todo el efecto de estas túnicas ligeramente sembradas de cristal blanco ó negro, que al ser herido por la luz tiene reflejos fascinadores. Para baile, un traje de tul rosa salpicado de cristal, hace de la mujer una rosa bañada con perlas del rocío! También para sociedad se hacen trajes de tul y tarlatana negra, bordados de flores de colores con guirnalda alrededor de la túnica, que son de un efecto encantador.

En hechuras para acompañar á una sola falda, está la chaqueta con aldeta de diferentes formas, unas que se prolongan los costadillos como un frac, otras que se pliegan por detrás dejando lucir el forro y la tela de dos distintos tonos, y otras abiertas sobre chaleco real ó figurado.

Las túnicas de faya negra con entredoses y encajes de guipure, y las de cachemir con esclavina ó sin ella adornadas lo mismo con entredoses de encaje al aire y cintas de moiré, son la prenda propia de primavera, cuando no se quiere lucir un traje preteucioso: el sombrero de encaje negro con flores de colores, es el que debe acompañar á esta túnica severa, y con los trajes claros el sombrero debe ser correspondiente al color del vestido.

Para trajes de niños, de los que me ocupo rara vez, por que nuestros grabados hablan con sobrada elocuencia en este asunto, os recomiendo para niñas los trajes mismos de las señoras, con su falda de pouf, sus volantes, sus dos tonos en una tela ó sus adornos de terciopelo sobre el vestido de seda ó cachemir. Para niños la sotanita abrochada en todo su largo, ó el vestido ruso con falda plegada y gran cinturón-faja, hasta que llegan á esa edad en que visten la chaquetita holgada y el calzon, que en esta época se hace en lana dulce inglesa en lugar del castor y el terciopelo, que han sido los obligados hasta aquí. Como abrigos para esta tierna edad, la doble rotunda para niñas y el paletot para esos pequeños caballeros que un día acaso serán grandes hombres.

Ahora, lectoras mías, el cielo está hermoso, el sol radiante, la naturaleza reviste sus más bellas galas, y los almacenes de géneros van llenando sus escaparates con las que habeis de ostentar vosotras.... Bella perspectiva! en mi próxima Revista os daré cuenta de los géneros de primavera llegados á nuestros comercios, y os aconsejaré lo más útil y lo más bello, para evitaros hasta el trabajo de escoger.

JOAQUINA BALMASEDA.

## EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

### 1 y 2. TRAJES DE PRIMAVERA.

(Patron: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 10).

Ambos grabados dan el mismo traje, visto por delante y por la espalda, aunque con distinta tela y adornos distintos.

El grabado 1 muestra un vestido de mohair de dos tonos. La falda lleva por abajo ancho volante tableado de los dos colores, y encima grandes rosetas de foulard á rayas. El único adorno de la túnica consiste en un biés pegado con vivo del tono claro. De este mismo color van forradas las aldetas, que vuelven en solapa; la solapa del pecho y todos los vivos del guarnecido, como asimismo el bullon ó follado de la manga, sujeto con un lazo del color oscuro.

El vestido, grabado 2, es de cachemir de la India, y lleva en el bajo ancho volante de foulard á rayas, al cual hace formar cabeza una tira de cachemir de tono mucho más claro. De este mismo cachemir es el biés que guarnece la túnica y las solapas.

Estos dos trajes inauguran la Moda primaveral, que promete ser tan elegante como distinguida en telas, colores y adornos. El pliego da, en las figs. 1 á 10a del derecho, los patrones exactos para el cuerpo y la túnica. La chaqueta lleva por atras, en el talle, un gran lazo con caídas.

### 3. PORTA-DIBUJOS.

Lo mismo sirve para carteras, periódicos ó música. La armadura debe encomendarse á un ebanista, sirviendo para sujetar los papeles dos lindas cenefas bordadas puestas á manera de tirantes. En el próximo número daremos el dibujo para las cenefas, bordadas sobre paño á puntos largos con colores vivos. Colocados así los papeles, no se ajan ni estropean los bordes.

### 4. CALENDARIO DE SALON.

Si no se quiere encomendarlo al ebanista, se puede fabricar con tablas de madera delgada ó cartones fuertes, forrándolo por fuera de terciopelo de color ó negro, y por dentro de cutí. La caja, propiamente dicha, y que

puede ser realmente una caja de carton ó madera, se divide en compartimientos, y la parte superior, que contiene el calendario, va realzada con un bordado. Un medallón de terciopelo negro con guirnalda en el centro y cifras, va ingerido en la tela en la parte inferior. Un biés de cutí con una trencilla en el centro, rodea y termina todos los bordes.

### 5 y 6. FICHÚS PARA TEATRO.

(Patrones: en el pliego por el derecho, núm. IV, figuras 17 á 20).

La estacion adelanta rápidamente, y se puede decir que ya estamos en primavera. Sin embargo, esta es la época más peligrosa del año por las bruscas transacciones de calor y frio. Tenemos que llevar al teatro y á las reuniones un vestido ligero ó escotado para no abrasarnos de calor, y al mismo tiempo una corriente de aire nos hiela, comprometiendo nuestra salud. Para obviar á este inconveniente, damos en este mismo número varios modelos de fichús que llenarán cumplidamente este objeto, siendo los modelos 5 y 6 propios para teatro y sociedad, y los modelos 8 y 9 más propios para la calle y el paseo. Todos pueden utilizarse luego para viaje y los paseos de noche á la orilla del mar.

Y ántes de pasar adelante, haremos observar el lindo prendido que ostenta el modelo 5, y que consiste en un círculo de encaje, sobre el cual va una mariposa que parece salir de debajo de una flor.

Por lo demás, el fichú, grabado 5, es de raso de color claro, bordado á punto ruso con seda de tono más oscuro, y guarnecido de cisne; el núm. 6, lleva capucha terminada con una borla, es de cachemir, y en el mismo pliego, por el derecho, se halla el bordado á cadena que le adorna, representado de tamaño natural en la fig. 20a.

### 7. CORBATA DE CINTA Y ENCAJE.

(Bordado: en el pliego por el derecho, fig. 24).

Esta elegante corbata consiste en un gracioso lazo de cinta de color igual á la vuelta del cuello y puntas de tul bordadas de aplicacion. El pliego da de tamaño natural, en la fig. 24, el bordado, cuya ejecucion es tan fácil como rápida y de un efecto delicioso.

### 8 y 9. MANTELETA-CHAL CON CAPUCHA.

(Patron: pliego por el derecho, núm. III, figs. 15 y 16).

Tan graciosa como los anteriores fichús, y destinada al mismo objeto, es la manteleta-chal que representan los grabados 8 y 9 por delante y por la espalda. Es de cachemir blanco, guarnecida de encaje negro la primera, sirviendo de pié al encaje un terciopelo negro estrecho, y completando el adorno de la capucha lazos de terciopelo mucho más ancho. La segunda, también de cachemir blanco, lleva todo alrededor rico entredós negro terminado con fleco de seda. Como se ve en el grabado 9, la manteleta, echada con elegante negligencia sobre los hombros, deja ver la gola de muselina blanca plegada y crespón de china azul pálido, que cierra con ramo de flores dentro de un lazo del mismo crespón.

### 10 á 13. TRAJES DE CAPRICHIO PARA NIÑOS.

Se ha hecho costumbre en Paris, en estos últimos años, dar bailes de niños por la Pascua, y el año último hubo algunos en Madrid. Aunque las circunstancias por las que atraviesa hoy el país no son las más apropiadas para fomentar esta clase de diversiones, entristecidos como están los ánimos de todas las personas que saben pensar y sentir, sin embargo, no hemos querido dejar de ofrecer á nuestras suscriptoras algunos modelos de trajes que pueden arreglarse fácilmente con los mismos que usan los niños. A la blusa que lleva el primero, solo hay que añadir por abajo una tira de terciopelo negro, ribeteado con cachemir blanco y atravesado por una tira del mismo cachemir, y una echarpe, también blanca, rodeada al cuerpo y anudada á un lado.

El mismo adorno de terciopelo y ribetes blancos realza la falda de la niña, que se completa con marinera blanca y chalequito muy abierto de tela igual á la falda. El traje grabado 12, solo se distingue por los recortes de terciopelo negro y faya de color, que, formando varias figuras, adornan la falda, la chaqueta y el sombrero. Por último, para el traje de aldeanita, grabado 13, solo hay que poner sobre un vestidito cualquiera, un delantal con peto de muselina blanca, orillado, como asimismo los bolsillos de una tira de muselina fruncida y un prendido de muselina en la cabeza.

### 14. FICHÚ-CAPOTA.

(Patron: pliego por el derecho, núm. II, figs. 11 á 14).

La Moda de los sombreros se va modificando rápidamente, reemplazándose con los de copa bullonada, los

que se han llevado hasta el día. A este género pertenece el fichú-capota que representa nuestro grabado 14, siendo sumamente cómoda para la noche y para viaje, pues la parte de fichú que rodea el cuello ofrece un abrigo cómodo al par que ligero.

Como se vé, es de encaje negro floreado, orillado por una ancha blonda, que acompaña graciosamente al rostro, y lleva lazo alsaciano de cinta de color por delante y otro por detrás, terminado con caídas. Los patrones son muy exactos, y solo hay que ir juntando las letras iguales, para obtener este caprichoso adorno de cabeza.

### 15. TRAJE DE DOS TELAS.

Es de terciopelo negro y faya gris plata nuestro modelo; pero también puede hacerse de faya de dos colores. La hechura no puede ser más nueva y caprichosa. El delantero, de faya, lleva por abajo un volante plegado á tablas cosidas hasta la mitad, la parte de atras lisa y recogida en pouf, aparece sujeta en los costados con ricos cordones de pasamanería. El delantero de la túnica, forrado el borde con faya igual al delantero, se vuelve graciosamente, yendo á recogerse en los costados, en donde le sujeta una banda de terciopelo forrada también de faya. Un lazo de faya con caídas adorna el pouf. El cuerpo, de peto, orillado de faya, lleva mangas de gran novedad de terciopelo y faya, sujetas ambas telas con cordones de pasamanería y botones moda. Gola de terciopelo y encaje blanco, y mangas de encaje, completan este rico traje.

### 16. TRAJE CON VIVOS DE OTRO COLOR.

Vestido de faya color de avellana claro. Bieses de la tela sujetos á ambos lados y en el centro por ruches de la tela, viveadas con tono más claro, forman el delantero, que termina con un volante, el cual ensancha extraordinariamente en los paños de atras. Este volante va viveado por arriba con tela del color claro, y le adornan por abajo, á regular distancia, dos bieses trasversales del mismo tono.

La túnica se compone de la parte de atras recogida en pouf y guarnecida con volantito fruncido y orillado con vivos claros y dos paños de costado, que forman puntas, orillados con un biés ancho entre dos vivos. La chaqueta, con aldeta abanico atras, lleva cuello y delanteros plegados con una tira de muselina fruncida á cada lado, que forman doble chorrera y parecen continuacion de la gola doble, cerrada con un lazo. El único adorno de la chaqueta consiste en un vivo, á excepcion de la manga, que lleva además volantito y botones.

### 17. PRENDIDO MARAVILLOSA.

Es de muy fácil ejecucion y sienta perfectamente. El fondo bullonado de muselina, lleva alrededor una ruche de cinta, la cual oculta la union de un ancho encaje que descende todo alrededor, ménos en la parte de la frente, que el mismo encaje forma una media roseta levantada y sostenida con un lazo de cinco lazadas de cinta igual á la ruche.

### 18. PEINADO DE NOVEDAD ADORNADO CON UN PÁJARO.

El peinado se compone de graciosos retorcidos dispuestos á capricho y entrelazados con ramas de flores, cuyo grupo principal, puesto á la izquierda y bastante atras, sirve de nido á un pájaro, mientras otra rama descende flotando sobre la espalda.

### 19. PEINADO ADORNADO CON FLORES Y GOLA DE ENCAJE.

Constituyen este lindo peinado un retorcido y una trenza puesta atras encima de otra doble que descende á ambos lados á adornar el cuello. Completan el peinado grupos de florecillas blancas con follaje verde. Los pendientes llevan también tres florecitas iguales á las que realzan el peinado. La linda gola se reduce á un ancho encaje blanco fruncido del centro y atravesado con ancha banda de terciopelo negro, que termina en una anilla.

### 20 y 21. MOÑA DE BUCLES.

El grabado 20 muestra el modo de recogerse el pelo para colocar el postizo (grabado 21). Se peina todo hácia atras, y se forma un retorcido que se sujeta con una horquilla, dejando pelo en las sienes y en la nuca para formar algunos rizos deshechos.

Dispuesta así la cabeza, se coloca la moña, sujetándola con algunas horquillas, y completando luego el peinado con una flor ó un lazo. De este modo no incomoda nada, y no padece el cabello natural.

### 22 y 23. FICHÚ DE ENCAJE NEGRO.

Es sumamente elegante y útil para refrescar el cuerpo de un vestido algun tanto deslucido. Es de escote cua-



drado, junta por delante con un lazo de cinta, baja á cruzarse sobre las caderas, para formar otras aldetas, como si fuese una chaquetilla. De este modo puede completarse un vestido de una falda sola recogida en pouf, sujeto este á cada lado con lazo de caídas, en cuyo centro se coloca una hebilla. El fichú es muy sencillo, componiéndose de un fondo de tul floreado, y orillado en la parte superior con un ruló de raso entre dos puntillas, y por abajo con un encaje ancho, al cual hace formar cabeza otro ruló de raso. En la espalda forma pañoletita, figurando la segunda punta con el adorno, y un encaje puesto en el escote hacia arriba, acompaña á la gola de muselina blanca. Como se vé, todos estos modelos llevan anchas cintas de terciopelo negro al cuello, de las cuales pende, ya una joya, ya un rico medallón.

JOAQUINA BALMASEDA.

### Á LA VIRGEN MARÍA.

Sola y llorando! tu divina frente  
pálida y sin color se inclina al suelo,  
y de tu lábio térmulo y doliente  
se escapa un ay! de comprimido anhelo:  
sola y llorando! y en tu pecho ardiente,  
trocado en mar de indefinible duelo,  
ansiendo del vivir, romper los lazos,  
se agita el corazón hecho pedazos!

Qué tienes? ¿por qué lloras, tú que fuiste  
de Dios en los arcanos concebida?  
Tú que en tu casto seno, vida diste  
á Aquel que á orbes y mundos dió la vida,  
que de su aliento aliento recibiste,  
entre miles de miles escogida?  
Tú á quien reina del cielo el mundo aclama  
y á quien Dios hija, esposa y madre llama?

Mas ay de mí! que el hombre, cruda guerra  
declara al Dios que conocer no sabe,  
y en un puñado de infecunda tierra,  
en su delirio y en su culpa grave,  
la infiel Jerusalem al justo encierra,  
que ni en los mundos ni en los orbes cabe,  
al que del bien y del amor en nombre,  
aún en más que ser Dios, tuvo ser hombre.

Por eso es tu aflicción, por eso el duelo,  
ay! te desgarras sin piedad el alma;  
por eso, ni esperanza ni consuelo  
encuentras, ay! en tu dolor sin calma;  
por eso inclinas tu ramaje al suelo,  
débil y mística y combatida palma:  
por eso sola estás! pero qué digo?  
hème aquí pues, para llorar contigo!

¡Hème aquí, pues el alma desolada  
mezcla su llanto con mi amargo llanto,  
y por él y tu amor purificada,  
altar será para tu nombre santo:  
podrá otra voz más firme é inspirada  
alzar hasta tus pies más digno canto;  
pero en la fe que el corazón me inspira,  
amarte más que yo? nadie, mentira!

Angeles de Salem, de cuya frente  
toma su luz el sol, dejadla ahora:  
no, no su llanto abrasador y ardiente  
intenteis enjugar en esta hora:  
dejadla en su dolor: yo solamente,  
yo quiero acompañarla cuando llora;  
que si ella es vuestra reina, aunque no es madre,  
para mí es mucho más, porque es mi madre.

Oh! recordad los últimos acentos  
del Mártir de la cruz: de gracia en muestra  
la confió á mi amor en su tormento,  
y no al amor ni á la ternura vuestra:  
vosotros en el alto firmamento  
el himno alad que su poder demuestra;  
en su gloria vivid; yo sola en tanto,  
quiero con ella compartir el llanto.

Madre, madre de amor! ante tus plantas  
mírame humilde bendecir tu nombre,  
que tú hasta Dios mi espíritu levantas  
sobre los mundos en que habita el hombre:  
tú con tu luz los orbes brillantas,  
tú haces que el mal, de tu virtud se asombre,  
tú con solo una lágrima siquiera  
puedes salvar la humanidad entera.

Vuelve hacia mí la celestial mirada  
y escucha el ruego que á tus pies dirijo:  
mírame, vírgen pura, arrodillada  
ante la cruz en que murió tu Hijo;  
yo tiendo á tí mis manos angustiada,  
invocando en mi afán tu amor prolijo;  
si has de lavar mi culpa en este día,  
llora, lloremos juntas, madre mía!

¡Llora, bendito el abrasado llanto  
que amargo brota en tu pupila ardiente,  
y cual rocío celestial y santo,  
en su inmenso raudal baña mi frente:  
bendito de tu amor el dulce encanto,  
bendita el alma que contigo siente,  
y pues tú por mi amor sufrir deseas,  
en tu mismo dolor, bendita seas!

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.

### SOLEDAD DE MARÍA.

¡Hay una figura más bella que las otras en el interesante y profundo poema de la muerte de Jesús! Una figura que cautiva por su dulzura, que conmueve por su amor, que enseña con su resignación profunda, y se apodera del alma suavemente sin violencia, sin propósito, por la mágica influencia del sentimiento, que es imperio, ley y ventura de la humanidad virtuosa!

Aun en medio del materialismo, que va destruyendo y minando las bellas creencias de nuestros mayores, las hermosas prácticas cristianas, freno en la sociedad, lazo en la familia y paz en el espíritu; aun en medio de esta época, en que como decía el sublime autor de *El Genio del cristianismo*, se ha inventado el arte funesto de hacer de la incredulidad un objeto de moda entre un pueblo caprichoso, la figura de la madre resignada en su inmenso dolor, impresiona el ánimo con su serena magestad.

La naturaleza y el sentimiento, animados por el espíritu de Dios, no han sabido crear nada más bello que la figura de una madre; y entre todas las madres, y entre todas las religiones, y entre todas las ficciones de los poetas, no encontraremos otra madre que pueda compararse á la Madre de Jesús. Si la religión cristiana no tuviera los beneficios del consuelo y los encantos de la esperanza; si no se hiciese prosélitos por la bondad de sus doctrinas y lo sublime de sus promesas; bastaría á hacerse los unos justos muriendo en la cruz por redimir los ajenos pecados, y el dolor de una Madre perdiendo á su Hijo para que se salven los hijos de las otras madres. El Evangelio ha hecho dar á la humanidad algunos pasos en la senda de la perfección; María ha elevado el espíritu de la mujer, y ha sabido hacerla más bondadosa haciéndola más amante.

En todos los momentos de su vida es María la elegida del Señor, la rosa mística, la estrella matutina precursora de la gracia; pero llega un día en que su carácter se engrandece, en que sus virtudes se ven sometidas á las más rudas pruebas, y en que su sacrificio la eleva á refugio de los pesadores y Madre de los afligidos.... Es el momento en que Madre dolorosa ha visto morir á su Hijo enclavado en una cruz, y ha escuchado de su boca estas sublimes frases, que no hubieran salido jamás de unos labios espirantes, si aquellos labios no fuesen los de un Dios: "Madre, hé ahí á tu hijo", señalándole á San Juan, que representa á la humanidad entera; es el momento en que después de pasar por todas las angustias que pueden afligir á un corazón maternal, se encuentra sola. ¡Sola! Dichosas vosotras, madres, hijas ó esposas, si no conocéis en toda su extensión la tristeza de esta palabra. ¡Sola! Es haber perdido el aliento de su aliento, el alma de su alma, el bien que era su vida! Es encontrar el mundo grande, inmenso, vacío, y no tener espacio y aire para respirar en él! ¡Es haber recibido la muerte, y tener que vivir! ¡Sola! Esta palabra nos daría frío en las venas, si nuestra superficialidad nos dejase comprender todo su espantoso horror!

Por eso María, soportando con santa resignación su soledad, es hija y madre de un Dios. Por eso nos muestra en su grandeza toda la grandeza del Hijo amado, y en su divinidad toda la divinidad de su amor, porque como dice uno de los doctores de la Iglesia: "Cada uno es semejante á aquello que ama, y cual es el amor de cada uno, tal es él. Amas la tierra, tierra eres;amas el cielo, cielo eres;amas á Dios, Dios eres; porque es propiedad del amor salirse de sí é irse tras el otro que ama y unirse con él." (1) Admirable apreciación del amor! ¡Filosofía consoladora que hace á la propia elección árbitro de la virtud!

María, amando á un Dios y soportando con resignación divina su soledad, es la figura más grande de la historia, la más bella y poética creación del cristianismo.

(1) San Agustín.

Es la expresión más bella del sentimiento, y el sentimiento es la ley del corazón. Por eso María es conocida y venerada por el sabio y por el ignorante; por el alegre y por el afligido; por eso el inocente la reza y el pecador la implora; por eso aún aquellas madres mil veces desgraciadas, que no han debido á la educación el conocimiento de las máximas cristianas, llevan á su hijo, por instinto, por indicación de su solo sentimiento, ante la imagen de María, y la madre, que ignora los beneficios de la religión del Crucificado, y el niño, que aún no comprende lo que mira, conocen ya aquella madre que tiene un niño en los brazos.

¡Qué no sentirían si pudieran comprenderla en toda la sublimidad de su dolor, en toda la grandeza de su misericordia! ¡Quién habrá dejado de bendecirla si una vez ha sentido su espíritu abatido por el dolor? ¡Quién, en esos momentos en que el corazón es estrecho para sentir y el llanto sin correr empaña los ojos, no habrá llamado á María buscando en ella el consuelo que la tierra le negaba? ¡Quién al ver que la ciencia humana no alcanza á salvar una existencia querida, ha dejado de volver su espíritu á la *Reina de los ángeles*, pidiéndola lo que los hombres ya no le podían dar? ¡Quién, por fin, al contemplar en una estrecha sepultura al ser querido, no ha levantado al cielo el corazón y la esperanza? Ay! si tenía en sí mismo el beneficio de la fe, habrá creído de seguro ver la imagen de María, diciéndola con maternal amor: "el que ha muerto para tí, en mi Hijo vive, tu vida breve acabará y te unirás á él; la muerte es tránsito de vida mejor."

¡Toda la filosofía moderna no conseguirá matar este consuelo del corazón cristiano! ¡Si como dice un profundo escritor (1), "solo niega la existencia de Dios el que está interesado en que no la haya;" nadie puede negarle ni dejar de volver los ojos á María! El dichoso puede ser incrédulo, y en medio de sus placeres olvidarse de la Madre del Redentor; pero la felicidad humana es humo que disipa el viento: con la desgracia vuelve la fe al alma descreída, y rara vez el corazón lastimado por los hombres deja de buscar consuelo en Dios!

Yo le busco en tí, Madre mía! ¡Yo lloro tus dolores y te admiro en tu soledad! ¡Yo te ruego que engrandezcas la fe de mi espíritu, y en medio de mis pesares tendrá el consuelo de la esperanza! ¡Dichosa el alma que entre las amarguras de la vida sabe que puede esperar siempre, hasta en el momento de morir, y que en su soledad vive y vela por ella y la acompaña, la que Dios consideró bastante grande en su humildad, bastante llena de abnegación para resignarse á la soledad en que la había dejado la muerte de su Hijo, que era hijo de Dios!

JOAQUINA BALMASEDA.

### LA HERMANA DE LA CARIDAD.

por

A. BOURDOIS

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL FRANCÉS.

(Continuación).

#### VIII.

Al salir Emilia de la fonda, preguntó dónde se hallaba el hospital más próximo.

Luego que se lo hubieron indicado, dirigióse á él con paso resuelto.

Allí preguntó por la superiora de las hermanas, con la cual deseaba hablar.

Introdugéronla en una salita donde esperó algunos momentos.

Un cuarto de hora había transcurrido, cuando se presentó una mujer de unos 50 años, de aire venerable, la cual, después de haberse santiguado, se sentó cerca de la joven, y le dijo con una voz dulcísima:

—Escusadme el que os haya hecho esperar tanto tiempo, hija mía, pero nosotras no nos pertenecemos en estos momentos de calamidad; decidme qué es lo que puedo hacer para seros útil.

Yo vengo, hermana mía, la dijo Emilia, á solicitar el compartir vuestros peligros y ayudaros en vuestros piadosos trabajos...

—Sois muy joven y linda, hija mía!... ¿Pero cuál es la causa de vuestra resolución?...

—Soy muy desgraciada!

—Vos, sin duda, habeis sido educada en el gran mundo, hija mía, é ignorais cuáles son aquí las duras labores de nuestras hermanas.

—Yo las aprenderé; vivir con vos es hoy día mi único deseo y mi sola esperanza.

—Pero, ha sido algún amor contrariado, hija mía?... Tal vez algún pesar?...

—Sí, hermana mía, una gran pesadumbre!...

(1) Bacon.



—¿Cuál es?... Confíadmelo hija mia.  
—¡He perdido dos madres, y vengo aquí á ver si hallo la tercera!...  
Cuando Emilia la hubo contado las desgracias que le habian ocurrido, la hermana Rosalía repuso:



3. Porta-dibujos.

—Habeis sido sometida, hija mia, á muy duras pruebas, y esa otra madre que buscáis no dudeis que la hallareis aquí. ¡Pero habeis pensado bien en los resultados de vuestra determinación?... Vivir entre nosotras es una vida muy dura, porque nosotras solo conocemos de la existencia las privaciones y los dolores!...

—Admitidme, madre mia, en el número de las santas hijas que dirigís, y Dios me dará fuerzas para imitar vuestro ejemplo.

—Sucumbireis en esta tarea!

—Tanto mejor, madre mia!... Así llegaré más pronto donde me esperan, dijo Emilia, señalando al cielo.

—Pobre niña!... Reflexionad... ¿Ignorais las pruebas á que vais á someteros?... No es la fuerza ni el valor lo único que vuestras hermanas necesitan... ¡Es una caridad apoyada en una fe ferviente, es el olvido de las dulzuras de esta vida y la continua contemplación de las recompensas celestes!...

—Yo me esforzaré, madre mia, en imitar las virtudes de vuestras santas hijas; mi resolución es inquebrantable, y por nada del mundo la cambiaré.

—¡Venid, pues, conmigo, y os presentaré á vuestras hermanas en Dios!...

—Cogió á Emilia de la mano y la condujo á las salas donde se hallaban las hermanas de la caridad; eran las salas de los coléricos.

## IX.

Ante la intensidad siempre creciente de la epidemia, el desaliento se habia apoderado de las almas; la palabra *contagio* circulaba por todas partes, y empezaba á tener crédito; el *azote* iba á salir vencedor de esta lucha terrible!... Ya los más valientes desertaban ante tan terrible palabra, y cada día se



5. Fichú para teatro visto de frente. (Véase e núm. 6).



6. Fichú para teatro, visto de espaldas. (Véase el núm. 5).



7. Corbata de cinta y encaje.

veía decrecer el número de ellos.

Era, pues, preciso herir el amor propio con algun gran acto de valor; Gustavo de L\*\*\* lo emprendió.

Este era un médico joven de Burdeos, que habia acudido á las primeras noticias de la aparición de la enfermedad.

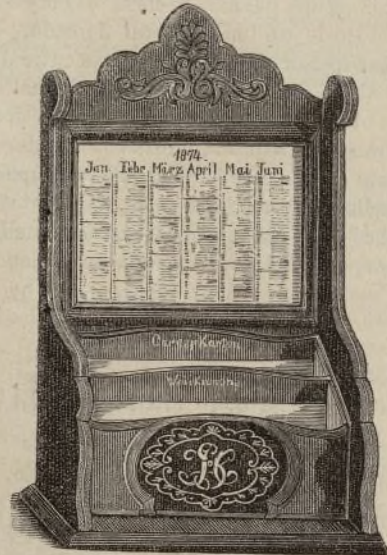
— El *contagio*!... decia él, es la causa del espanto general; el *contagio* es la palabra que aterroriza á los más valientes... Pues bien!... Yo procuraré animarles!...

Reunió un día á los internos y enfermeros al rededor de

la cama de un colérico que acababa de espirar, y allí, en presencia de todos, se frotó el cuerpo con el sudor frio del cadáver.

Hizo más: inyectóse la lengua con la saliva negra del difunto.

—¡Ahora podremos saber, dijo á los presen-



4. Calendario de salon

tes, si hay efectivamente contagio!...

Todos se miraron consternados, pues le creian perdido. El bravo joven habia jugado su vida en interes de la humanidad y de la ciencia. (*Este hecho es histórico*).

Gustavo de L\*\*\* no fué atacado de la enfermedad.

—Ya veis, decia él friamente á cuantos le preguntaban, que no hay contagio.

¡Heróico sacrificio, que sobrepuja á los altos hechos de la antigüedad!

La ciencia habia progresado.

Los corazones habian vuelto á recobrar sus fuerzas.

¡Desde este momento, la epidemia fué combatida con más energía que nunca!

## X.

Admitida ya Emilia entre las hermanas, daba, si es posible, el ejemplo á estas santas hijas. Día y noche se hallaba siempre de pie, su infatigable celo se multiplicaba más allá de los límites de las fuerzas humanas.

Se hallaba en todos los sitios donde se necesitaba socorro, todo el mundo la conocia, y en todas partes era bendecido su nombre. Aunque no habia sido admitida en la orden de las hermanas, llamábanla la *hermana Emilia*, ó simplemente la *Señorita*.

Hacia ya ocho dias con sus noches que no habia descansado ni un solo momento; en vano la superiora insistia para que cesase de agotar sus fuerzas.

—Ya descansaré, contestaba ella, cuando no tengamos más desgraciados que devolver á sus familias.

De cuarenta hermanas que habian entrado válidas en el hospicio, veinticinco solo quedaban, y estas ya fatigadas; la tercera parte habian desaparecido, y los brazos empezaban á faltar!...



8. Manteleta-chal con capucha vista de espaldas. (Véase el núm. 9).



9. Manteleta-chal vista de frente. (Véase el núm. 8).





266.

EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras*

Plaza de Prim II, 3.





10 y 11. Trajes de capricho para niño y niña.

Una mañana se supo que en la noche anterior un interno había sido presa de un ataque violento; el caso parecía fulminante, y no se tenían esperanzas de salvarle.

Emilia corrió hacia la cama donde decían que se hallaba el joven que estaba agonizando... ¡Al ver sus facciones, ya descompuestas, dió un grito terrible!... Acudió la superiora... Emilia, sobrecogida de una repentina postración, cayó en los brazos de la hermana.

—Ya os decía yo bien, hija mía, que os matariais... Las fuerzas os faltan, le dijo esta...

—No, respondió la joven levantándose con un enérgico esfuerzo... no es la fatiga!...

Se aproximó al moribundo, el cual volviendo hacia ella su vista ya apagada, pareció reconocerla, y murmuró estas palabras:

—Adios!... mi...

No pudo acabar, y espiró.  
La joven se inclinó hacia él; su mano, febrilmente agitada, le cerró los ojos; cubrió su rostro con la ropa de la cama, y dijo estas solas palabras: «Adios, hermano mio!...» Después fué á llevar una pocion á un enfermo cercano que estaba dando gritos dolorosos....

Era la primera vez que veía á su primo desde que se marchó de la fonda, y esta era para recoger su último suspiro.

Nada hizo comprender la suprema agonía que torturaba su alma!... Perdía su última afección y su último apoyo.... Sin embargo, es que ya estaba acostumbrada!... Y así como los soldados viejos, se había hecho insensible en apariencia, ante la muerte.

La hermana Rosalía lo había comprendido todo....

—Pobre hija!... dijo, viéndola alejarse.... Es un ángel!...

Emilia hizo enterrar al hijo cerca de los restos de su madre.

## XI.

No era solamente en las necesidades interiores del hospital donde se desplegaba el infatigable celo de nuestra heroína; los desgraciados que necesitaban socorros en la ciudad, la veían siempre llegar la primera.



12 y 13. Trajes de capricho para niñas.

A menudo no volvía sola.... venía acompañada de jóvenes huérfanas; eran ya numerosas; las hacía admitir caritativamente en el hospital, y las llamaba su *pequeña* familia; todavía encontraba aún el tiempo de prodigar á estos pequeños seres privados de madre, los tiernos cuidados de los cuales tenían tanta necesidad; ella era la que los acostaba, los lavaba, vestía y hacía dar todo lo que necesitaban; la costumbre hizo que á estas interesantes criaturas se las conociese bajo el nombre de *las hijas de la señorita*; Emilia aceptaba con júbilo esta dulce maternidad.

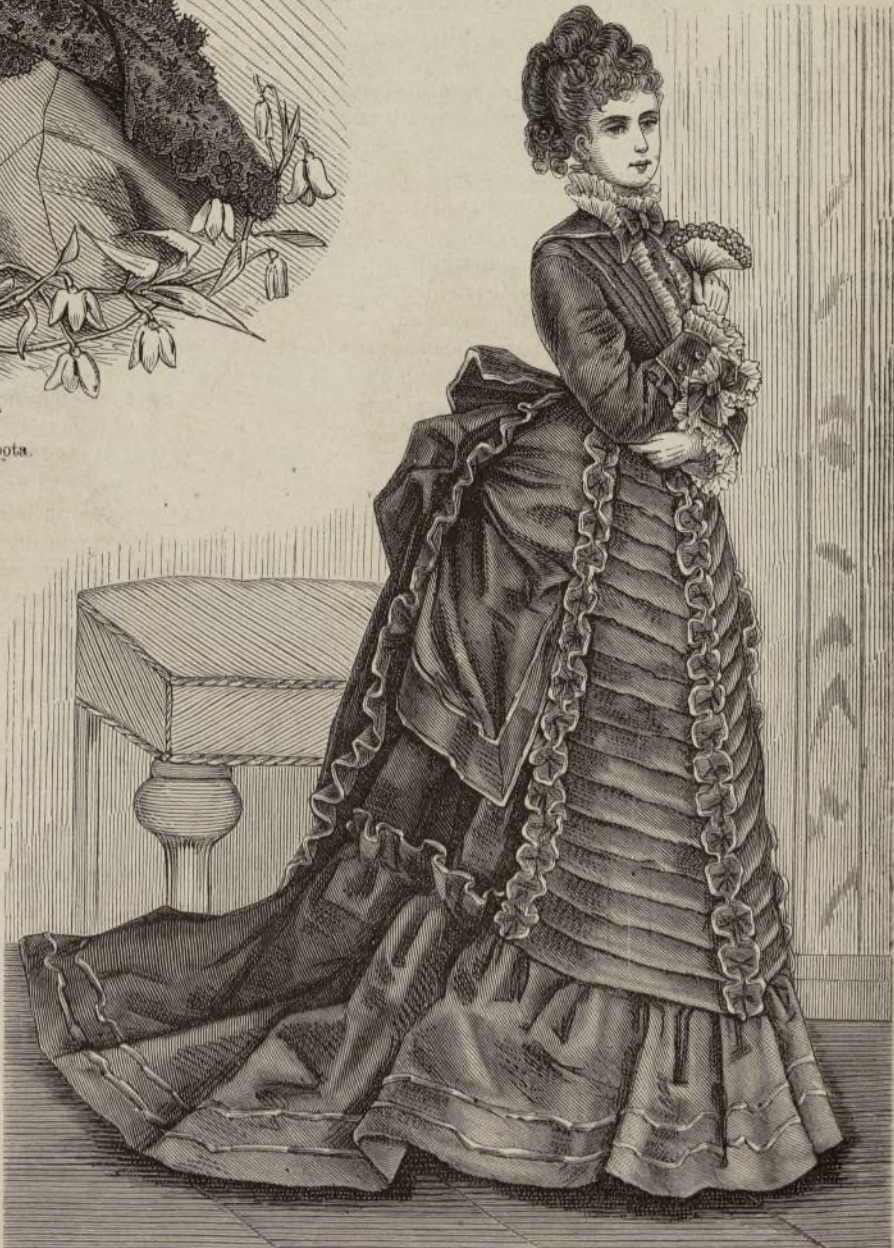
Muchas veces el joven doctor, del cual conocemos el hecho histórico, había tenido ocasión de verla á la cabecera de la cama de los enfermos; esta joven, de aire melancólico y notable belleza, había llamado singularmente su atención. Sin llevar el austero traje de las hermanas, se la veía



14. Fichú-capota.



5. Traje de dos telas.



16. Traje con vivos de otro color.



compartir sus fatigas y peligros; cuando se encontraba con ella, Gustavo la saludaba respetuosamente, y no se atrevía a dirigirle la palabra.

Por las hermanas pudo informarse de ella; la primera á la cual preguntó, le dijo santiguándose: Es un ángel!... y se alejó sin decir nada más.—Es un ángel!... contestaban también las otras á quienes preguntaba.

Para llegar más pronto en conocimiento de quién era esta jóven, se dirigió á la hermana superiora:

—Sí, es un ángel!... dijo esta, que consentía en darle noticias más exactas, y que le puso al corriente de las desgracias de la niña.

—... Nosotras, todas la queremos, añadió terminando; y yo la amo como una hermana de Dios, y como si fuese mi propia hija.... porque yo no he conocido á nadie en el mundo ni mejor, ni más piadoso, ni más caritativo!...

Y estendiéndose largamente sobre las vicisitudes de esta jóven.

—Grande es su belleza, dijo, pero su alma es más bella todavía!...

Cuando la superiora le hubo abandonado, Gustavo se puso á reflexionar.... y saliendo de su desvarío, después de algunos instantes:

—Debe ser un ángel! se dijo á sí mismo.

(Se continuará.)

RICARDO PALANCA LITA.

## UN PASEO POR EL NORTE DE AMÉRICA.

EL NIAGARA.

(Conclusion).

Una de tantas veces acaeció tocar este destino á la hija de un jefe de los indios *sénecas*, jóven apenas púber, bella y pura como el fresco rocío de la mañana, consuelo único y único móvil de la existencia de su padre amante. Desgarrada el alma por inmenso dolor al saber este el voto general, recibió las felicitaciones de sus compañeros con impasible semblante, y obediente á la costumbre, sin derramar una lágrima siquiera, fué á presidir los públicos festines la víspera del sacrificio. Por fin amaneció el gran día; la *blanca canoa* con su precioso depósito solo aguardaba la aparición del sol en el Oriente para soltarse de las amarras que la retenían; todos los indios de las inmediaciones sobre la ribera americana, y sobre la canadense los de otra tribu distinta, sumidos en profundo silencio, pero mostrando en la ansiedad de su rostro y en los varios plumajes de sus atavíos la importancia de la fiesta, dirigían altivamente la mirada, ya al lejano horizonte, cual si quisieran anticipar la salida del astro esplendente, ya al límite bullidor al que la ofrenda consagraban, ya á la faz tranquila, encantadora y dulce de la jóven *séneca*, que en la frágil embarcación, apenas demarcándose en medio de los débiles tintes del crepúsculo, imagen era de un mundo superior.

Por fin apareció la aurora; millares de gritos la saludaron con frenesí; por donde quiera resonaron los salvajes instrumentos, y libre la blanca canoa, primero con regular impulso, y en seguida con ímpetu violento, se dirigió al abismo.

Seguíanla los espectadores con creciente afán, cuando de la opuesta ribera vieron con asombro desprenderse otro tan flebil y blanco esquife que en un segundo fué á chocar con el de *Xicorea*. Un magnífico guerrero de nobles insignias, de arrogante presencia, extendió los brazos á la jóven, saltando á su canoa, y un doble prolongado acento de amor vino sin tregua á descubrir el misterio, haciendo patente á la muchedumbre el paterno y voluntario sacrificio. *Aputepepec*, el renombrado héroe de la tribu *séneca*, el más valeroso en los combates, el más paciente en los quebrantos y fatigas de la guerra, el más rígido mantenedor de las venerandas tradiciones de sus antepasados, no tuvo corazón para apartarse de su hija, y prefirió morir con ella, ofreciéndose también en holocausto al Gran Espíritu de las Cataratas. A ellas, pues, marcharon juntos, enlazados, felices, casi en el delirio de su exaltación, y un beso, puro cual ningún otro, les sirvió de postrer adiós al hundirse en el antro misterioso.

Esta es la última historia que he querido referirte. Tal vez cuando vengas al Niágara hallarás un mestizo que tiene su cabaña al propio borde del río, como una milla distante del punto en que empiezan los *Rápidos*. Si pasas por el puente de hierro que comunica con *Bat-Island* y tropiezas con este personaje de que te acabo de hablar, no dejes de acceder á su invitación, ve á dar el paseo con que te brinde, y de su misma boca oirás la leyenda anterior, con más interés referida, con más vivos colores detallada, porque el pobre botero del Niágara se llama el último vástago de *Aputepepec*.

Y ahora, querido hermano, voy á mencionarte algunas

otras curiosidades que aquí se enseñan, por si quieres servirse de éste apunte en lo venidero.

En primer lugar, el famoso puente colgante (*Suspension Bridge*), dos millas más abajo de las Cataratas, de ochocientos pies de largo y veinticuatro de ancho, el cual fué construido por M. John Roebling, natural de Trenton, en New-Jersey, el año de 1852, siendo su coste de medio millón de duros, su altura de 250 pies y el peso graduado de 800 toneladas.

A una milla próximamente de esta importante vía de comunicación, se encuentra Whirlpool, punto curioso, donde el río, haciendo una extraña curva, azota con sus aguas espumosas las altas márgenes que le circundan; casi al lado, se tropieza con *Devil's-Hole* (Agujero del Diablo), cima horrible donde en 1763 un grueso peloton de ingleses fué destruido por los indios *sénecas*, aliados entonces de Francia. Si nos pasamos á la orilla opuesta, aproximándonos á *Clifton-House*, descubriremos el campo de batalla de *Lundy's-Lane*, en el que, americanos é ingleses pelearon sin fruto el 25 de Julio de 1814; algo adelante está el celebrado *Table-Rock*, prodigiosa meseta al aire, casi tocando al borde de la gran Catarata, y á cuyo pie se descende por unos estrechos circulares escalones para atravesar el difícil, riesgoso camino que conduce al viajero debajo de la *Herradura*.

En este punto, con ánimo sereno, puede aquel admirar el cuadro sublime y grandioso del torrente, que pasando en volumen enorme, formando arco de nieve y esmeralda sobre la cabeza del mísero espectador, va á hundirse ante sus propias plantas con ruido indefinible. Allí también, como te dije al principio, está Dios; allí también el alma se recoge é invoca su nombre, allí deben pasar los que han perdido la fe ó tienen extraviado el concepto, breves minutos siquiera, para abjurar los errores y extravíos que subyugan su calenturienta razón.

Frente por frente de la bajada que te acabo de indicar se halla el *Museo*, gracioso y no despreciable conjunto de animales, piedras y abundantes raros vestigios, entre los que fijan el pensamiento del hombre conocedor los restos de los múltiples antediluvianos, perfectamente conservados á fuerza de trabajo, constancia y solicitud.

Además de lo ya referido, son dignos también de visitarse en la parte canadense el *Manantial Inflamable*, teatro de las batallas de Chippewa en Junio de 1814, y el monumento levantado en memoria del general Brock; y en el lado americano las cuevas que se hallan al pie de *Suspension Bridge*, y los diversos depósitos de fruslerías que se expenden al público, y son todas producciones del Niágara y los dos lagos que le limitan.

Pero ya lo escrito es demasiado para una carta, la noche invade el recinto de mi aposento y la plateada luna me está convidando á nuevas contemplaciones.

Terminaré, pues, trayendo á tu memoria lo que escribí sobre la roca del Torrente. ¿Cómo te has producido que nadie te conoce? ¿Cómo has contado hasta aquí la duración del mundo? Siete millas, en concepto de los sábies, han ido carcomiendo las Cataratas desde *Queens-towa*, en que su nacimiento se supone. ¿Cuánto tiempo han necesitado, pues, para abrirse camino, taladrando las peñas, los cien millones de toneladas de agua que caen en cada hora?

Y cuando en las edades venideras llegue un día en que no teniendo ya nada que carcomer, libre y despejado su trayecto hasta el Erie, se desborden al fin, ¡qué inmenso cataclismo no experimentarán los nacidos de entonces que habiten estas riberas! Todo, sí, querido hermano, todo es grande, solemne y magnífico en el Niágara, su pasado que trastorna, su presente que admira, su porvenir que asusta!

No dejes, no, de realizar la promesa que me has hecho; ven á América, y con solo que contemples la maravilla de que te hablo, se mirarán tus ansias satisfechas.

Adios; siempre es tuyo tierno y cariñoso.

MATÍAS.

## EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación).

—Adios, hijos míos, adios! decían D. Eusebio y Raimunda, agitando sus pañuelos.

—No olviden VV. que aquí estamos! decían á un tiempo cien voces, sofocadas por el llanto. ¡Nuestra pobreza es de VV! ¡Todos los días rogaremos á Dios para que les dé ventura!

En aquel instante oyéronse unos lamentos más desgarradores que los otros... Los labriegos se apartaron abriendo calle; el conductor detuvo su vehículo.

Era Rosalía la que llegaba: Rosalía, con el traje en desorden, con el cabello esparcido...

En aquellos quince días parecía haber envejecido diez años.

Se postró de rodillas, y apoyó la frente en el polvo.

—¡Hija, exclamaron á la vez D. Eusebio y Raimunda, vete en paz, y sé dichosa!

Al oír estas palabras, Rosalía, lejos de levantarse, prorumpió en sollozos.

¡Ay, que si los demás la perdonaban, ella no podía perdonarse á sí misma!

Sólo cuando la galera hubo desaparecido, la infeliz pareció volver en sí, miró en derredor suyo con espanto, y corrió á refugiarse en su casa.

Entre tanto, la galera se alejaba, dejando tras sí un remolino de polvo.

¿Habeis abandonado alguna vez, y para siempre, el pueblo que os vio nacer? ¿Habeis visto perderse gradualmente en el confin del horizonte la casa que os dió abrigo, la plaza pública en donde vagabais con vuestros compañeros, el paseo de árboles seculares que recogieron vuestro primer suspiro de amor, la iglesia adonde ibais á ofrecer á Dios vuestras dichas y amarguras, el silencio so cimiterio, en donde reposan vuestros padres, vuestros hermanos, vuestros amigos?...

¡Ah, si os ha sucedido todo esto, sabreis cuál es el dolor inmenso del alma al separarse de tan queridos objetos; sabreis con qué avidez se contemplan las últimas humaredas que suben rastreando desde la rústica chimenea á juntarse con las nubes; con qué afán quisiéramos asirnos á los postreros árboles del querido valle, y coger y besar las aves que se solazan en sus últimos linderos....

Cuando todas estas cosas desaparecieron de la vista de los viajeros, lanzaron un profundo suspiro, y las lágrimas cubrieron sus mejillas!...

V.

## MISTERIOS DE UNA LUZ.

Todos los que se retiraban á deshora á sus casas, pasando por la Plazuela de Herradores, veían constantemente brillar una luz en la ventana de una altísima bohardilla, que casi subía á platicar con las estrellas.

Una luz encendida á semejante hora, y en semejante sitio, siempre anuncia trabajo, privaciones y amargura.

Por lo tanto, más de una vez aquella elocuente luz había arrancado un suspiro de tristeza á las buenas almas que venían del teatro ó de una suntuosa fiesta en donde habían visto millares de luces alegres, orgullosas y brillantes, reflejándose en los dorados espejos é iluminando los rostros risueños de los que se entregaban á los placeres del baile, ¡ó la mesa espléndida del festín, cubierta de flores y manjares; ¡que hasta las luces tienen diverso destino en este mundo!

Algunos, más verdaderamente caritativos, que no se contentaban tan sólo con pensar, sino que querían además obrar, y de estos hay muchísimos en nuestros calumniados tiempos y en nuestra calumniada corte, se habían decidido á interrogar á la portera sobre los misterios de aquella luz; pero la portera, de condicion áspera y egoísta, que tenía á su marido baldado, y tres hijos menores, no quería que se concediesen socorros y simpatías á más desgracias que á las suyas.

Y mientras tanto, la lucecita seguía brillando, brillando siempre, y tan tristemente, que parecía próxima á apagarse, como quizás estaba próxima á desvanecerse la esperanza de los infelices á quienes alumbraba.

Entre las buenas almas cautivadas por aquel faro de amargura, había una, sino mejor, más perseverante que las otras.

Era una señora muy estimada en los círculos sociales por su talento y su hermosura; y que sin embargo, escondía cuidadosamente á todas las miradas uno de sus más bellos atractivos.

La mano que pulsaba el arpa en sociedad, arrancando al sonoro instrumento acordes de una melodía embriagadora, había enjugado durante el día el sudor del rostro de un moribundo, había depositado una moneda en las trémulas manos de un huérfano, se había apoyado en el hombro de una viuda para infundirla alientos y esperanzas.

Como esta hay muchas señoras en Madrid; ¡vosotros, los que sois amantes del bien, buscadlas!

Pero ¡ah, que son como las perlas escondidas en el fondo de los turbulentos mares! ¡Ah, que los buzos incrédulos no se toman el trabajo de buscarlas!

Clotilde de Mendoza, que así se llamaba la caritativa señora, no era ya jóven: aunque las rosas de sus mejillas ocultasen las arrugas nacientes, pregonaba su edad un jóven rubio, alto, y de modales distinguidos, que la llamaba madre.

Cada vez que el jóven pronunciaba aquel dulce nombre, las rosas de la beldad parecían más frescas y lozanas, porque el regocijo del alma las vivificaba.



Clotilde era viuda, y ya que no podía ostentar la diadema de las esposas, ostentaba con santo orgullo la diadema de las madres. El alma que formaba parte de la suya, había ido á gozar prematuramente de las suaves delicias eternas; su esposo, ilustre jurisconsulto, había sucumbido á las fatigas de su cargo, dejándola llorosa y sola junto á la cuna de su niño. Joven, bella y requerida de amores, no quiso que ningún objeto, por seductor que fuese, se interpusiera entre su corazón y aquel sepulcro y aquella cuna.

Educó á su hijo, enseñándole á bendecir la memoria de su padre, y obtuvo que el hijo, imitando al padre, siguiese su misma noble carrera, y fuese como él, un dechado de virtudes.

Clotilde, amable, instruida, dadivosa, tenía muchos amigos que la distinguían con un aprecio verdadero: poseía algunas casas en Madrid que la suministraban pingües rentas, de las cuales hacía tres partes: dos para dar educación á su hijo y sostener el lustre de su rango, y la tercera para socorrer á los necesitados, y de este modo no le faltaban numerosas bendiciones.

Pero su caridad no era aquella caridad ciega que da sin discernimiento, esterilizando á veces la limosna, si no la caridad concienzuda y razonada que florece y fructifica. Sabía que deponer una moneda, aunque sea de oro, en la choza en donde habitan el hambre y la desnudez, es arrojar una gota de agua en el Océano, y hacía como el prudente agricultor, que antes de esparcir sobre su campo los granos de trigo para la sementera, abre los surcos, y le abona.

Hay muchos que dejan caer en las manos del mendigo una limosna, y prosiguen su camino orgullosos de sí mismos, y sin volverse á acordar de su aflictivo estado. Ah, creen que lo han hecho todo, y no han hecho nada! Acaso el mendigo, embrutecido por su misma indigencia, irá á gastar aquella limosna en la taberna, y dejará otra vez, entre las torturas del hambre, á su mujer y á sus hijos.

Clotilde, si remediaba de pronto su necesidad, no se separaba de él con glacial indiferencia, sino que procuraba informarse de sus antecedentes, estudiaba su carácter, buscaba los móviles que le habían conducido á su lastimosa posición, y escogitaba el medio mejor de sacarle del abismo en que se hallaba sumido.

Clotilde había estudiado detenidamente, guiada por su ardiente celo en favor de los desvalidos, el secreto de esas mil pequeñas industrias, cuyos materiales exigen cortos dispendios, y que sin embargo reportan un regular producto. En los barrios en donde ella habitaba, aparecieron de improviso, ya en un portalito, ya en un cuadro pendiente del marco de una puerta, mil muestras ingeniosas de esas pequeñas industrias, insignificantes al parecer, útiles en realidad, que multiplicaba por todas partes su activa beneficencia. Ya eran pantallas para la chimenea, ya cucuruchos de colores para encender el cigarro, ya arandelas de musgo, ó bujías adornadas con flores de la misma cera, ó por último, papeles recortados para envolver la fruta. En estas industrias se empleaban las mujeres y los niños; y así, con un pequeño adelanto, conseguía que el socorro fuese perpetuo, y habituaba las familias pobres al orden y al trabajo. En cuanto á los hombres, les buscaba colocación en su oficio, y para conseguirlo, no perdonaba fatigas ni desvelos.

Así, en la casa en donde ella entraba, bien se podía decir que entraba la Providencia, y las más de las veces cambiaba en próspera la adversa suerte de una familia, sin realizar ningún sacrificio de su parte, y sin que los mismos favorecidos pudieran adivinar de dónde provenía el beneficio.

Una palabra bondadosa, un consejo útil, una esperanza hábilmente presentada á los ojos del que se hallaba sumido en las tinieblas de la desesperación, bastaban á realizar el portento. Porque hay dos caridades hermanas, tan sublimes la una como la otra, acaso más sublime la una que la otra, y estas son la caridad espiritual y la material. La segunda es la que se desprende de una moneda, acaso superflua, en favor del pobre, la otra es la que, como Jesucristo, se da á sí misma en holocausto, velando junto á la cabecera del enfermo, enjugando el llanto del que llora, ó haciendo descender del cielo la dulce resignación, para combatir la desesperación torva y sombría que todo lo ennegrece.

Clotilde practicaba las dos á la par, y por esto ceñía una espléndida corona, invisible á los ojos del mundo, pero que brillaba á los ojos de Dios con los más vívidos reflejos.

Y Dios, en cambio, daba paz á su alma y santas alegrías á su espíritu tranquilo.

Su existencia se deslizaba apacible y risueña como un arroyo que se desliza por entre perfumadas florecillas, escaso de aguas, sin ondas bullidoras que revelen su presencia; pero reflejando en sus linfas unidas y transparentes, la bóveda del cielo y el mágico paisaje que le cerca.

Hacia sin embargo algunos días que su hijo, sus amigos, sus criados, observaban en ella una preocupación extraña. Muchas veces la habían visto preocupada, cuando trataba de dar una solución favorable á un enigma de la vida de sus pobres protegidos; pero nunca de un modo tan intenso. En qué pensaba?

Pensaba en los misterios de aquella luz oscilante y solitaria, pensaba en el triste cuadro que tal vez iluminaría con sus pálidos reflejos.

Quizás alumbraba el lecho de un moribundo, quizás difundía su amarillenta claridad sobre un rostro enflaquecido y cubierto de lágrimas: aquella luz tenía todos los encantos de lo desconocido, y dejaba ancho campo á su imaginación para que formase mil dolorosas conjeturas.

Una noche, eran las ocho, y se dirigía en carruaje al teatro, cuando sus ojos se fijaron en aquella melancólica publicadora de afanes, que parecía llamarla á sí con un atractivo irresistible.

Hizo parar el coche; descendió.

—Hay alguna joven que trabaje en la bohardilla? preguntó á la consabida portera, que era una mujer alta, tiesa, angulosa, y que ostentaba un bosque de enmarañados cabellos sobre la frente.

—Una florista, dijo esta con despego, una florista, que si se ha de juzgar de su habilidad por los parroquianos que la visitan, no debe tener ninguna.

—Esto es precisamente lo que yo necesitaba, exclamó Clotilde, subiendo sin vacilar los ciento ocho escalones que conducían á la humilde vivienda, y dejando estupefacta á la malévolá portera.

Pero al llegar al último piso, halló delante de sí dos puertecitas exactamente iguales.

Llamó á la primera, y salió á abrirla una mujer de mediana edad y aspecto bondadoso.

—Es V. la florista? preguntó Clotilde.

—Oh, no señora! respondió la mujer dulcemente, llámeme V. á esa otra puertecita.

Clotilde, lo que quería ante todo; era saber si sus beneficios recaerían sobre una persona verdaderamente desgraciada y digna de ser socorrida. No habiendo podido informarse de la portera, cuya malevolencia había adivinado, quería aprovechar á toda costa aquella ocasión que se le presentaba de conseguir su objeto.

—Jesús! dijo buscando un pretexto, para entablar conversación, cuánto me ha fatigado esta escalera!

—Quiere V. descansar un momento? preguntó con prontitud su interlocutora.

—Si me hiciese V. el favor de un vaso de agua!... ¡Tengo un poco de vahido!...

La mujer entró presurosa, la ofreció una silla, y corrió á buscar agua á la cocina.

Nada más pobre ni más aseado que el cuartito en donde había introducido á Clotilde.

Cuatro sillas de Vitoria y un sofá, cuyo asiento estaba cubierto con un colchoncillo forrado de blanco, una mesa de pino, encima de la cual se veían un pequeño tocador y dos macetas con flores de papel, algunas imágenes de santos, puestas en cuadritos con marcos de madera negra, que adornaban las paredes, y unas cortinillas de percal que ocultaban los cristales de la única ventana, constituían todo el ajuar de aquella salita pobre, pero risueña.

Ni un átomo de polvo se veía sobre los muebles, y la blancura de las paredes y del techo competía con la brillantez de los ladrillos, pues solo delante del sofá había un pequeño ruedo que servía de alfombra.

La vivienda limpia y aseada del pobre, respira santidad y conmueve el alma dulcemente, porque revela en quien la habita un conjunto de virtudes.

Clotilde se sintió vivamente interesada á favor de la dueña de la casa.

Colgada de la pared, y junto á la ventana, había una jaula enorme habitada por un pájaro americano de vistoso plumaje, de larga y rizada cola, el cual, habiendo sin duda aprendido cortesía de su amable dueña, al ver que esta dejaba sola á su visitadora, juzgó prudente salir á hacer los honores de la casa.

La puerta de su prisión, que según muestras, para él no lo era, estaba abierta, y así no halló dificultad en descender al suelo, en donde empezó á hacer mil graciosas evoluciones, y á trazar círculos magestuosos, y al par que agitaba las alas y abría á guisa de abanico su pomposa cola, decía con suma claridad y volubilidad estremada:

—Buenos días, pipi! Cuánto te quiero, pipi!

—Qué pájaro tan hermoso! exclamó Clotilde!

(Se continuará.)

## ECONOMIA DOMÉSTICA.

Ya las violetas, primera manifestación de la alegre primavera, alfombran los campos y llenan los aires con su grato perfume.

El ama de casa ingeniosa y diligente, que de todo saca partido, aprovecha la efímera existencia de estas modestas florecillas para preparar las confituras que pueden servirle de provechoso recurso todo el año.

Antes de dar algunas recetas, establezcamos las reglas fijas que deben observarse para la preparación de las violetas. En primer lugar, es preciso cogerlas cuando el tiempo está completamente seco, pues la lluvia les hace perder todo su sabor y su perfume; en segundo lugar, es de todo punto indispensable que los utensilios que se empleen no sean de estaño ni de cobre estañado; el solo contacto de una cuchara de estaño las hace cambiar de color.

Apénas cogidas se deshojan, se mondan quitándolas todas las partículas verdes, se enjugan ligeramente con un trapo de lienzo fino.

Hé aquí ahora las recetas:

**Mermelada de violetas.**—Se machacan los pétalos en un almirez hasta que formen una pasta, la cual se echa en almibar cociendo, se deja espesar un poco, y se le añaden dos terceras partes de jalea de manzanas.

**Almibar de violetas.**—Se necesitan dos litros de agua hirviendo por cada kilo de pétalos, se dejan en infusión por espacio de doce horas, y se filtran con un lienzo fino; se dejan reposar otra vez durante muchas horas, y luego se echa el líquido clarificado en un recipiente de loza ó hierro, y se le añaden tres libras de azúcar por cada libra de pétalos que se hayan empleado. Se hace fundir al baño maría espumando con cuidado el líquido, y cuando se considere que la mezcla está perfectamente hecha, se va echando en frascos, cuidando mucho de no taparlos antes de que el almibar esté bien frío, y colocándolos en paraje fresco si se desea conservarlos.

**Bombones.**—Se hacen de una manera muy sencilla, echando los pétalos en almibar y llenando con él unos pequeños moldes de mármol untados de aceite.

Con el mismo almibar se pueden hacer toda clase de buñuelos, usándose iguales procedimientos para la flor de las acacias.

Concluimos por hoy con una receta para lavar los objetos de lana blanca, que nos pide una de nuestras amables suscriptoras. Se preparan dos enjabonados, se hacen calentar á la vez, y cuando hierven se sumergen sucesivamente en ambos los objetos, sujetándolos con pinzas de madera, pero sin dejarlos empapar, ni mucho menos frotarlos.

Esto debe hacerse con suma rapidez, pues en el mismo instante que se sumergen quedan limpios. Se enjuagan en seguida, sumergiéndolos en agua clara, y se dejan secar, guardándose mucho de torcerlos ni estrujarlos.

Soluciones á las charadas insertas en el núm. 11 del CORREO, correspondiente al 18 de Marzo, por las señoras doña Pilar Gamendi, de Valencia; doña Eulalia Boquirol, de Barcelona; doña Carolina Almenaris, de Badajoz; doña Cándida Urquiza, de Zaragoza; doña Elena Menendez, de Játiva, y los Sres. D. José Gutierrez, de Madrid; D. Toribio Ansures, de Valladolid; D. José Lallana, de Santander, y D. Antonio Ramirez, de Palma de Mallorca.

I.  
ICARO.

II.  
CANDELARIA.

## CHARADAS.

I.

Es la prima por sí sola  
Un prodigio singular,  
Y con cuarta se convierte  
En solo un nombre no más,  
Femenino y sin disputa  
Nada común ó vulgar,  
Y con el cual se conoce  
Cierta ser irracional;  
Y si entre estas prima y cuarta  
La dos guarda su lugar,  
De su cueva saldrá al punto  
Un pacífico animal;  
Mientras que tercera y cuarta  
La lista pueden formar  
De lo que va referido,  
Que es el todo, aunque en detal;  
Todo conque se designa  
A quien suele trabajar  
En piedra sin ser cantero,  
Por su cuenta ó á jornal.

GERÓNIMO COUDER.

II.

Mi prima y dos cual tú,  
pura doncella,  
como tu prima y dos  
es flor muy bella:

Es una, en fin,  
de las galanas flores  
de tu jardín.

Es regla y ceremonia  
tercera y cuarta,  
de que la santa iglesia  
nunca se aparta:

Y si lo hiciese,  
preciso que ella misma  
lo prescribiese.

La flor y la costumbre  
forman mi todo,  
que descifrar tú puedes  
de fácil modo.

Tal vez tú lo eres,  
con cuyo nombre llaman  
á otras mujeres.

Salas 23 de Febrero de 1874.

R. C. y C.



## CORRESPONDENCIA.

*Santander.*—Los elogios de un padre me han conmovido y halagado extraordinariamente, siendo mi mayor deseo servir de alguna utilidad á la familia, y en particular á las jóvenes, que tanto necesitan de ayuda y de consejo. Procuraré merecer el concepto lisonjero en que me tiene, consagrandome siempre mis desvelos al bien de mis hermanas, que tales considero á nuestras discretas suscriptoras.

*San Eloy.*—Este verano se llevarán muchos sombreros de paja de forma voluminosa, forrados de seda de color, y adornados de plumas y de flores. Falda clara y polonesa negra, sobre ser combinación de mal gusto, favorece poco á la figura. Haga V. la combinación contraria.

*La primavera.*—No emplee V. ningún específico para la niña. Manténgala con el pelo cortado hasta su primera comunión: lávela

## Explicación del Figurin 1116.

FIG. 1.<sup>a</sup>—*Traje de recibir visitas.*—Falda de mohair gris adornada con una ruche de tafetan azul y bullonado mohair, sostenido de trecho en trecho por lazos azules. Una tira orillada de azul y botones en el centro adorna el delantero. La polonesa es de tafetan azul, guarnecida de fleco, abierta por delante y con solapas grises sujetas con un botón.

FIG. 2.<sup>a</sup>—*Traje de visitas para niña.*—Es de tafetan rosa, compuesto de falda y polonesa con esclavina y guarnecido de cisne. Sombrero de faya rosa con pluma de avestruz y velo blanco y botitas altas rosa. Un flequillo de espuma blanco puede reemplazar al cisne en este delizioso trajecito.

FIG. 3.<sup>a</sup>—*Traje de visitas.*—De faya verde sáuce adornado con



18. Peinado de novedad adornado con un pájaro.

usted la cabeza de vez en cuando con agua y jabón, y déla algunas fricciones de rom ó agua de Colonia y pomada de médula de vaca salada. Este es el mejor medio para que más adelante tenga una hermosa y abundante cabellera.

Si quiere V. un peinado para señora elegante y ligero, dirijase á la *Peluquería Universal*, plaza de Topete, número 15, Madrid.

*En el campo.*—Si las recetas que V. me indica nos son conocidas, tendremos, sumo placer en publicarlas.

*La sensitiva.*—Siempre tenemos una verdadera satisfacción en complacer á nuestras suscriptoras, y no debe V.



17. Prendido Maravillosa.



20. Modo de recoger el pelo para colocar el postizo núm. 21.



19. Peinado de novedad adornado con flores.

tiras de marta cibulina. La disposición de este elegante traje puede reproducirse en otras telas y adornos, tales como faya y bandas de plumas, mohair y ruches desfiladas, etc. La manteleta, con pliegue Watteau en la espalda, termina por delante con largas puntas cuadradas, y lleva cuello cuadrado.

Sombrero de copa bullonada y ala rizada, adornado con una roseta, bajo la cual se oculta el pie de una pluma verde sáuce oscuro.



22. Fichú con aldetas de encaje negro visto de frente.



21. Moña de bucles. (Véase el núm. 20).

jamás temer sermos molesta. Un vestido de alpaca se adorna con bieses de la tela, combinados con otros de faya de tono más oscuro ó soutache y terciopelos. Mil gracias por sus elogios.

*Julietta.*—Dirijase V. á Madame Grand, 1 laza de Celenque, núm. 1, cuyos corsés tienen el privilegio de reformar los cuerpos más desgraciados.



23. Fichú con aldetas visto de espaldas.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO y el pliego de patrones.

Administración: Plaza de Prim, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, Dr. Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.



2 de Abril de 1874

Núm. 1.—Chaqueta y túnica. Grabados 1 y 2 del núm. 13 del *Correo*, correspondiente al 25 de mayo de 1891.

Fig. 1.—Detallito de la chaqueta (A, B, E, F, I, K).

Fig. 2.—Costado (A, B, C, D).

Fig. 3.—Mitad de la espalda (C, D, E, F, G, H).

Fig. 4.—Albela posterior (B, 3,  $1 \times 1 = 2 \times 2$ ).

Fig. 5.—Mitad de la solapa (H, I).

Fig. 6.—Manga (K, L, M, N).

Fig. 7.—Mitad de la Cartera de la manga (L, O, P, Q).

Fig. 8.—Mitad del bullón o foliado de la manga (P, Q,  $3 \times 3 = 5 \times 5$ ).

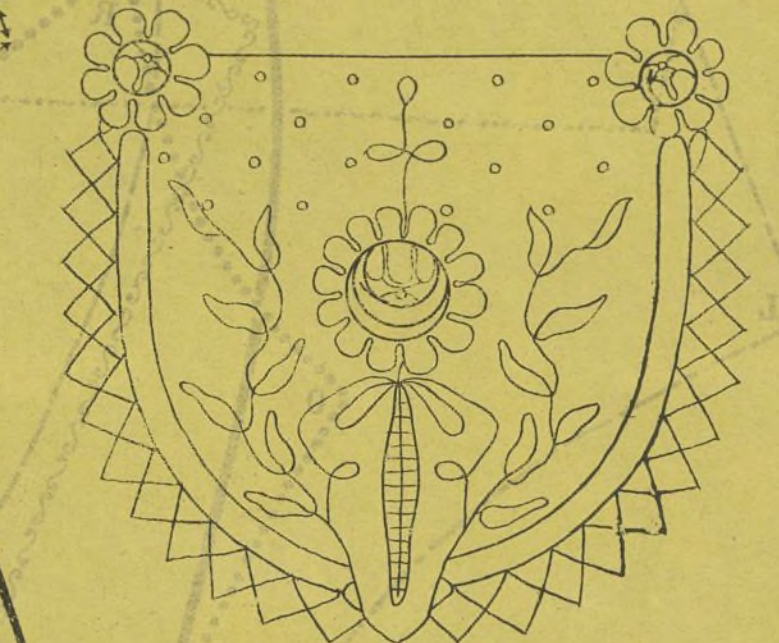
Fig. 9.—Conjunto del adorno de la manga. Tamaño reducido.

Fig. 10.—Túnica. { 6 y X 6 — 8. }  
Fig. 10a.—Idem tamaño reducido.  
Núm. 11.—Capota *nová*. Grabado 14 del núm. 13 del *Correo*, correspondiente al  
Abril.  
Fig. 11.—Mitad del fichú (R. : 9 y X 9 — . 16 y X 16.) *Un dobles*.  
Fig. 12.—Pieza del costado (R. S. T. U. V.).  
Fig. 13.—Pieza del costado (T. U.).  
Fig. 14.—Mitad del fondo (S. T. U.).  
Núm. 111.—Mantelita-chaf. Grabados 8 y 9 del núm. 13 del *Correo*, corres-

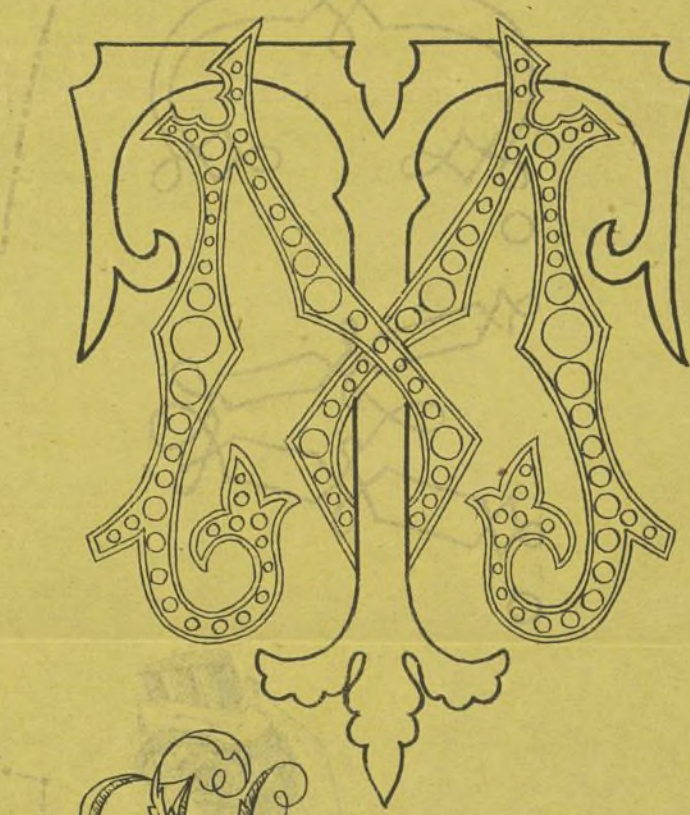
Fig. 13.—Mitad del fondo (W, X, ...: 17 y X 17). Un doblez.  
Fig. 16.—Solapas que forman la capucha (W, X).  
Núm. IV.—Esclavina para teatro ó baile. Grabados 5 y 6 del núm. 13 del *Correo*  
correspondiente al 2 de Abril.  
Fig. 17.—Mitad del delantero (Y, Z).  
Fig. 18.—Mitad de la capucha (1, 2).  
Núm. V.—Esclavina para el talma de viaje, que aparecerá en el núm. 14 del *Correo*  
correspondiente al 10 de Abril.  
Fig. 19.—Mitad de la esclavina.  
Fig. 20.—Mitad de la esclavina. Grabado 3 del núm. 14 del *Correo*

Fig. 20.—Mittal de la capucha.  
Fig. 21a.—Borñado a cadeneta para la cenefa.  
Núm. VII.—Capota para juvenicia, cuyo grabado aparecerá en el núm. 14 de este tomo.  
Fig. 21.—Mittal del fondo (a, b, 18 y  $\times$  18 — 23 y  $\times$  23).  
Fig. 21a.—Borñado para el fondo.  
Fig. 22.—Costado (b,  $\times$  24 y 24 —  $\times$  27 y  $\times$  27).  
Fig. 22.—Mittal (b,  $\times$  27 y  $\times$  27 y  $\times$  27 y  $\times$  27).

Núm. VIII.—Corbata. Grabado 7 del núm. 13 del *Correo*, correspondiente al 2 de Abril.



*Fig. 25.*



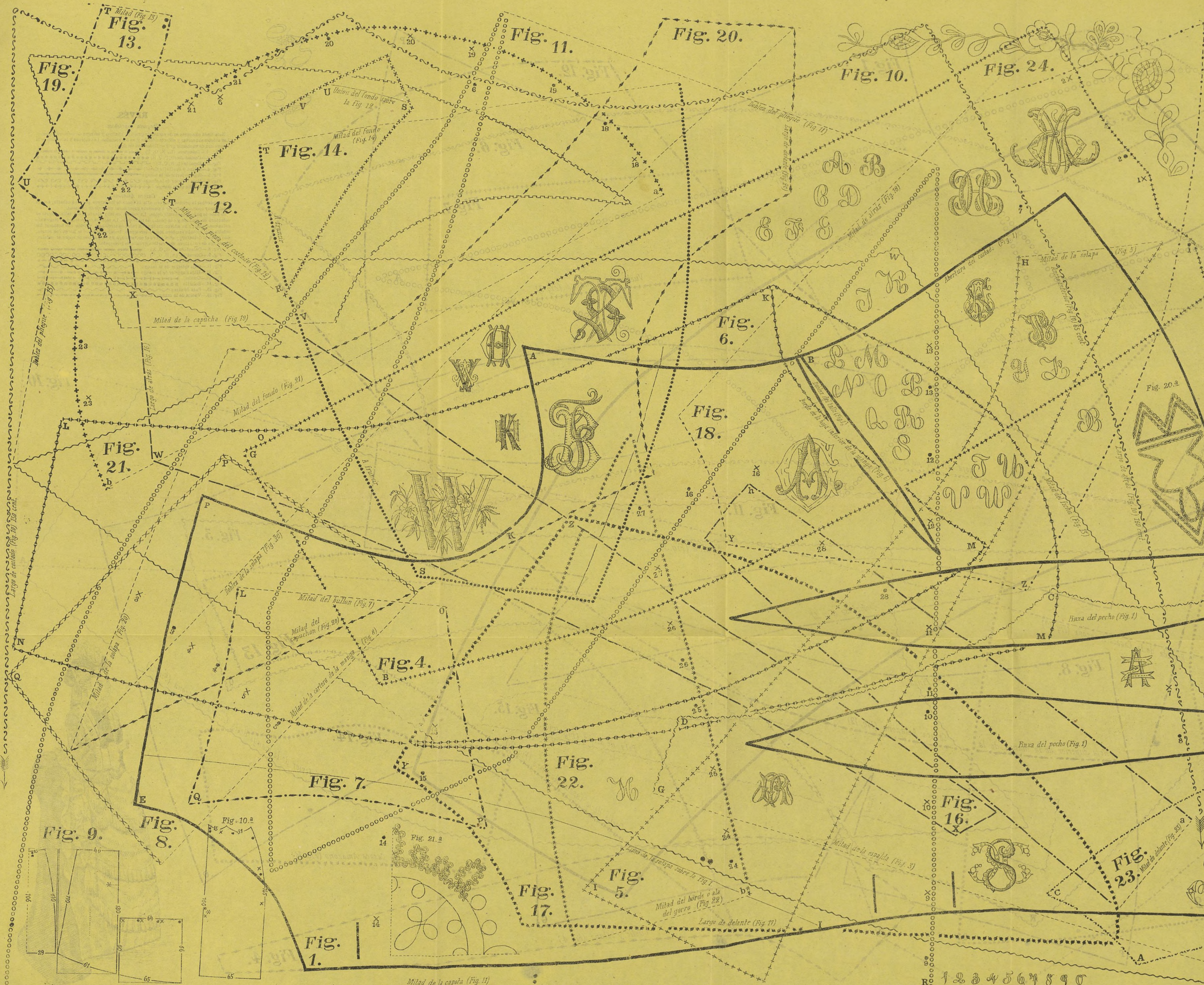
*Fig. 2.*



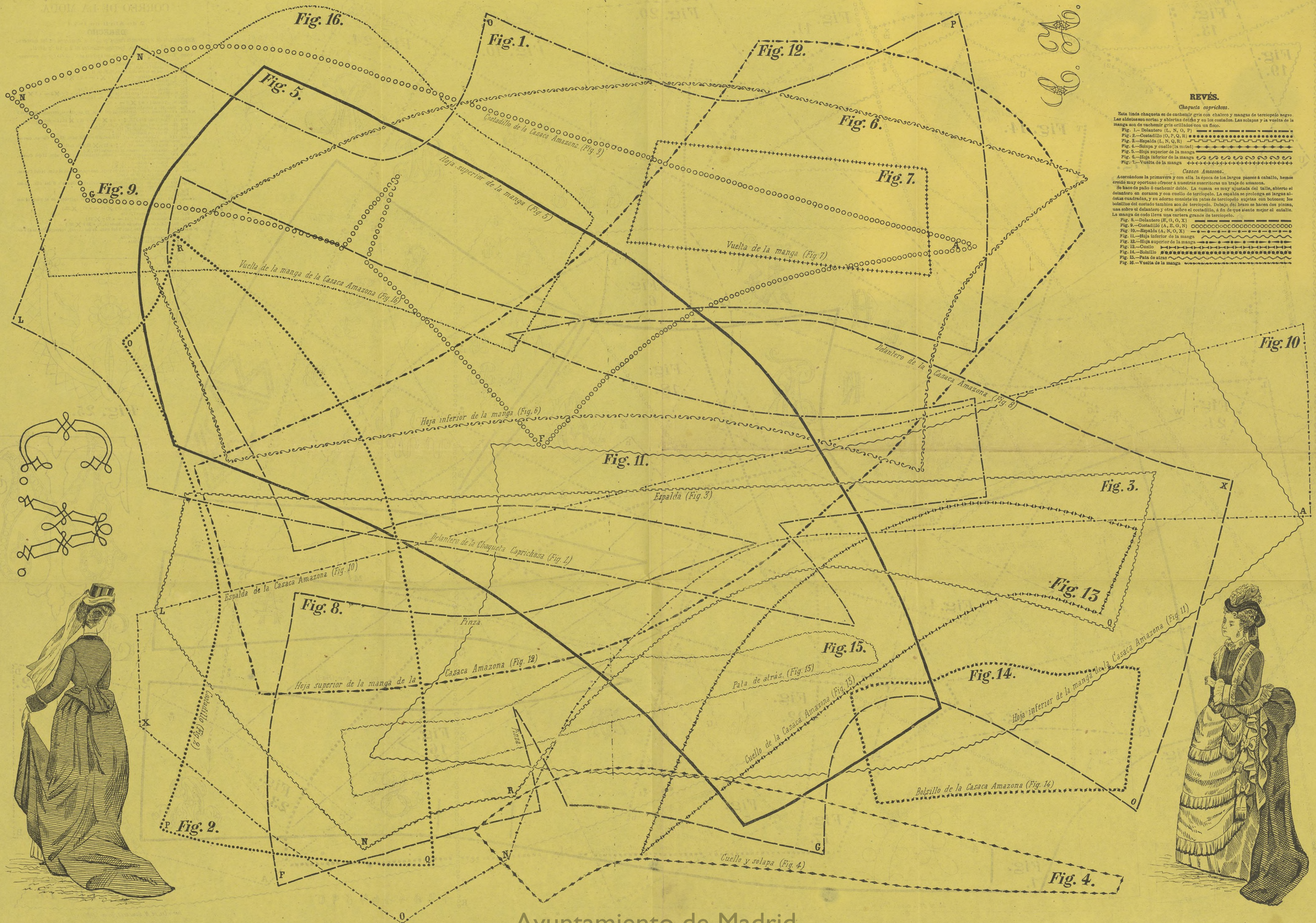
Fig.  
3.

Fig. 15

IMP. Y LIT. DE N. GONZALEZ, SILVA-12-MADRID







# REVÉS.

## Chaqueta caprichosa.

Esta linda chaqueta es de cachemir gris con chaqueta y mangas de terciopelo negro. Las aberturas cortas y abiertas de los costados. Las solapas y la vuelta de la manga son de cachemir gris orillados con un fioco.

Fig. 1.—Delantero (L, N, O, P).

Fig. 2.—Costadillo (Q, P, Q, R).

Fig. 3.—Espalda (L, N, Q, R).

Fig. 4.—Solapa y cuello (la mitad).

Fig. 5.—Hoja superior de la manga.

Fig. 6.—Hoja inferior de la manga.

Fig. 7.—Vuelta de la manga.

## Casaca Amazona.

Acordándose la primavera y con ella la época de los largos pasos a caballo, hemos creído muy oportuno ofrecer a nuestras suscriptoras un traje de amazona.

Se hace de paño ó cachemir doble. La casaca es muy ajustada del talle, abierto el delantero en corazón y con cuello de terciopelo. La espalda se prolonga en largas alfileras cuadradas, y su adorno consiste en paños de terciopelo sujetos con botones; los bolsillos del costado también son de terciopelo. Debajo del brazo se hacen dos pinzas, una sobre el delantero y otra sobre el costadillo, a fin de que sienta mejor el entalle. La manga de cada lleva una cartera grande de terciopelo.

Fig. 8.—Delantero (E, G, O, X).

Fig. 9.—Costadillo (A, E, G, N).

Fig. 10.—Espalda (A, N, O, X).

Fig. 11.—Hoja inferior de la manga.

Fig. 12.—Hoja superior de la manga.

Fig. 13.—Cuello.

Fig. 14.—Bolsillo.

Fig. 15.—Pata de atrás.

Fig. 16.—Vuelta de la manga.